

*El Mágico que hizo pacto con el diablo, relato oral de Sshinda, narrador y juguetero otomí*¹

GABRIEL MEDRANO DE LUNA
Universidad de Guanajuato

JOSÉ MANUEL PEDROSA
Universidad de Alcalá

Sshinda falleció en su casa de Juventino Rosas, rodeado por su familia, el día 17 de febrero de 2018, cuando este artículo estaba prácticamente acabado. En él hablábamos de Sshinda en presente. Y en presente — porque para nosotros él y su arte siguen vivos — hemos decidido mantenerlo.

Entre el taller de Pigmalión y el gabinete de Fausto

Gumercindo España Olivares, quien se da a sí mismo el nombre de Sshinda — él lo pronuncia “Chinda”, o se llama a sí mismo “el Chinda” —, es un anciano otomí que nació, según la documentación que hay disponible, el 13 de enero de 1935, aunque algunos indicios apuntan a que el registro de esa fecha puede ser posterior a la fecha real de su nacimiento. Ha vivido siempre en el pueblo de Juventino Rosas, en el estado de Guanajuato, México.

Sshinda recuerda algo de la lengua de sus mayores, el otomí, pero se expresa en su ámbito familiar y social en español, y narra

¹ Agradecemos la ayuda en la transcripción de algunos textos a Jazmín Yvonne Mortera. También estamos agradecidos con José Luis Garrosa por sus indicaciones y correcciones.

sus relatos en español. Está considerado como uno de los artesanos constructores de juguetes más importantes, creativos y originales que hay en México. Y es un narrador excepcional, que domina un repertorio amplísimo de mitos, leyendas, cuentos, casos —incluidos los casos personales, los casos sobrenaturales y la combinación de ambos: los casos personales de asunto sobrenatural—, recuerdos, saberes de etnomedicina, informaciones etnográficas, historia oral, etcétera. Es, además, un especialista en etnomedicina —sanador, curandero— y un identificador y enemigo de brujas y de seres malignos muy reconocido dentro de su comunidad. En sus ideas y operaciones etnomédicas y apotropaias quedan trazas de rituales, creencias y modos de narrar que tienen que ver con prácticas chamánicas que entre las demás personas otomíes de su área de residencia están prácticamente extinguidas, creemos.

Uno de los méritos más notables de Sshinda es que es capaz de construir juguetes de madera inventados y pintados por él mismo. En ocasiones trabaja con otros miembros de su familia; en especial, con su esposa y con su hijo Orlando, quien es también un experto juguetero. Sshinda explica que antes de crear un juguete debe soñarlo. Sus artefactos están muchas veces dotados de resortes y mecanismos que permiten la articulación y el movimiento coordinado de los *monos* o muñecos, los cuales coinciden muchas veces con los que protagonizan sus relatos. Es decir, que muchos de sus juguetes, y de sus juguetes articulados y móviles, son representaciones de episodios que él considera relevantes de los relatos orales que sabe narrar.

Desde su infancia, Sshinda ha estado acostumbrado a ir a los campos o a los cerros por las maderas y por las piedras de las que extrae materiales, tintes y pigmentos. Después, en su taller, en el que le acompañan cientos de *monitos* en fases diversas de elaboración, construye sus juguetes, que ha vendido por millares —a cambio de cantidades de dinero realmente ínfimas— en plazas y ferias. O en su taller, al que siguen acudiendo mayoristas que después los comercializan —sacando beneficios enormes— en lugares lejanos.

Su espacio de trabajo es una mezcla de laboratorio de Pigmalión, el mitológico rey de Chipre, que durante años anduvo enfrascado en la construcción de estatuas que semejaban personas; y de gabinete de Fausto, el demiurgo que logró crear un homúnculo dotado de movimiento y que tenía el don de la conversación. Si Pigmalión y Fausto fueron capaces de insuflar movimiento y lenguaje en sus criaturas, Sshinda no se queda atrás: las hace moverse y accionar o actuar, las asocia a los relatos en que están inspiradas.

Para Sshinda, un juguete tiene que ser capaz de expresar una acción y una narración, ha de estar dotado de movimiento y de vida. La mayoría de los que le encargan y de los que vende son elementales — como su clásico “Pancho” —, y se limitan a moverse ágilmente — sirviéndose por lo general de ingeniosos sistemas de equilibrios y contrapesos — sobre hilos y maderas, lo que hace las delicias de niños y adultos. Pero de sus manos ha salido también una cantidad incalculable de tiovivos giratorios, de tamaños y complicaciones muy diferentes; de equilibristas que parecen dotados de movimiento eterno gracias a que en las cajas dentro de las cuales evolucionan hay mecanismos similares a los de los relojes de arena; de caballitos grandes y pequeños, que siguen movimientos pendulares; y de aves, dragones y alebrijes que mientras ruedan por el suelo van moviendo sus alas, haciendo un ruido similar al de las carracas. Videos que le muestran en su taller, construyendo y explicando el funcionamiento de sus juguetes, están accesibles en YouTube.

Cuando dispone de tiempo, y cuando algún relato le inspira más que otros, o cuando recibe algún encargo específico, Sshinda es capaz de construir juguetes mucho más sofisticados y complejos. Mecanismos que ponen en movimiento coordinado a varios *monos* o muñecos que juntos *relatan*, en un proceso que podríamos llamar de *écfrasis* muy singular, alguna narración tradicional, por lo general algún caso o alguna leyenda. La *écfrasis* es un recurso estilístico que viene de muy antiguo y ha sido cultivado en muchas épocas: se trata, dicho de manera muy sintética, de la representación verbal de un discurso visual. En el taller del juguetero

otomí, la écfrasis se traduce en un mecanismo y en unos alcances que van más allá de lo convencional: Sshinda hace, invirtiendo la regla más general — por eso hablamos de écfrasis muy singular —, representaciones visuales a partir de los discursos verbales — casos, leyendas, cuentos, etcétera — que conoce. Y logra plasmarlas en artilugios que no son sólo icónicos — es decir, despleables en dos dimensiones —, sino que tienen las tres dimensiones y el movimiento de los juguetes con figuras articuladas y móviles.

La competencia simultánea de Sshinda en los ámbitos del lenguaje verbal y de las artes visuales y la artesanía del juguete explica probablemente su dominio de un recurso retórico que se ha considerado muchas veces próximo a la écfrasis, y que él sabe manejar — entre muchos otros recursos — de modo magistral: el de la hipotiposis, o descripción verbal llena de matices, detalles e imágenes, con acumulación de epítetos, comparaciones y excursos, que da la impresión de “pintar” escenas con palabras en vez de con formas y colores.

Todas estas destrezas son relativamente insólitas — aunque no inencontrables — en los dominios de la tradición oral y de la juguetería artesanal de México, y muy raras en los de cualquier otro lugar. Habría que apuntar, acaso, hacia los ámbitos del teatro popular y del teatro de títeres para encontrar complejos artísticos tan versátiles, con mecanismos tan sofisticados de representación verbal, visual y táctil en situaciones pragmáticas, y con muñecos articulados. Los dominios del teatro popular no resultan ajenos, por cierto, a Sshinda, porque de sus manos han salido también retablillos elementales y teatrillos de títeres, a cuyos *monitos* él, en las penumbras de su taller, suele poner voz y hace entablar conversaciones. De hecho, Sshinda es aficionado a dialogar hasta con su “Pancho” más elemental.

Uno de los argumentos narrativos a los que más apegados han estado los juguetes articulados de Sshinda es el de los combates de san Antonio de Padua contra los demonios. A pocos metros de la casa y del taller de Juventino Rosas en el que vive con su esposa, sus hijos, sus nietos, está el templo del santo; y Sshinda gusta de convertir en arte móvil los milagros que sobre san Antonio de

Padua se cuentan tradicionalmente. En sus juguetes automáticos cobran movimiento tanto el santo como sus diabólicos enemigos, pintados de rojo y negro principalmente, sobre paisajes en que no faltan el templo, la torre, el pozo del lugar.

Otro repertorio narrativo insólito de los que atesora Sshinda es el relato de sus viajes a lugares distantes, dominados por espíritus malignos, a los que él dice que ha sido llamado con el fin de reparar o de comprobar el funcionamiento de determinadas imágenes —de santos, de demonios, de naguales—. Relatos en los que él mismo encarna el papel de héroe viajero, y que sabe teñir de complejos ingredientes maravillosos y hacer derivar hacia tramas de asunto prometeico y civilizatorio. En ellas, el propio Sshinda se encarga de desvelar a los demás seres humanos el carácter fraudulento de determinadas tallas, prodigios y pseudo-milagros, en escenarios que se acomodan al viejísimo motivo narrativo del *descensus ad inferos*, o viaje al infierno.

La interpretación que damos al hecho, ciertamente insólito —en la tradición cultural de Occidente y en la lengua española—, de que Sshinda sea capaz de crear relatos en los que él asume la función de héroe civilizador que viaja al más allá para enfrentarse a seres superiores y malignos, y para devolver la salud o la tranquilidad a las gentes de su comunidad, es que él es, como ya hemos apuntado, un sanador, curandero y exorcista de gran prestigio dentro de su comunidad. Heredó de sus mayores otomíes el arte de curar, que tenía una dimensión chamánica que ha ido decayendo, y de la que hoy es —puesto que la cultura otomí del lugar está siendo absorbida por la cultura mestiza del entorno— uno de sus últimos conocedores y practicantes en el área en que vive. Cuando Sshinda relata esos épicos viajes suyos al más allá está acomodándose, aunque de manera muy personal, a los moldes de los relatos de tipo chamánico —con sus típicos viajes al más allá y sus luchas contra oponentes sobrenaturales— que siguen estando vivos en los repertorios de los chamanes y sanadores de otros pueblos originarios de México.

Utilizando la terminología acuñada por don Ramón Menéndez Pidal, Sshinda es un aedo, más que un rapsoda. Es decir, un pro-

ductor de discursos orales y pragmáticos que domina códigos de producción de narraciones en estado aédico, esencialmente creativo y activo; y no un simple transmisor rapsódico, convencional o pasivo de relatos. Un narrador que, según constataremos en las páginas que siguen, opera como aedo siempre, de manera natural y sin esfuerzo: Sshinda nunca se repite, y en cada nuevo acto de narrar no se limita a introducir unas cuantas variantes, sino que modifica y re-crea en profundidad cada uno de sus relatos. No es exagerado compararlo, por eso, con un demiurgo que es capaz de crear, en el seno de una tradición heredada, narraciones nunca antes contadas de ese modo y juguetes no vistos en las formas que él es capaz de desarrollar.

Lo llamativo es que lo hace sin salirse de los códigos y paradigmas de las artes tradicionales que heredó de sus mayores —narradores y jugueteros también— y de la impregnación de cualquier estímulo cultural que llega a su conocimiento, cuando viaja fuera de su pueblo, cuando ve la televisión, o cuando lee alguno de los no muchos libros a los que en su pueblo puede acceder.

Recurriendo, ahora, a la terminología de Ferdinand de Saussure, la voz de Sshinda es una fuente incansable de *parole*, de hablas y de recuerdos en proceso siempre activo de reformulación, capaces de sobrecoger los oídos y los ojos de testigos de su arte que nunca escucharán repetir el mismo relato ni ver salir de sus manos el mismo juguete. Pero es también, para quienes nos dedicamos a reflexionar sobre estas cuestiones, prueba de que tiene un dominio muy eficiente de una *langue*, de un lenguaje, y que desde algún lugar reservado de su mente es capaz de promover esa producción sofisticada y sin desmayos de variantes.

Desde el año 2004 Sshinda ha comunicado una parte de sus conocimientos y recuerdos al etnógrafo Gabriel Medrano de Luna, quien le ha dedicado varios libros que reflejan sólo una parte mínima del deslumbrante patrimonio oral y de las habili-

dades artísticas de las que el juguetero otomí es transmisor.² Desde 2013 ha sido también entrevistado de manera regular, todos los años, en sesiones filmadas, por José Manuel Pedrosa. Sshinda viajó a España en el año 2015, para contar relatos y regalar algunos de sus juguetes en el Maratón de los Cuentos de Guadalajara y en el Museo Etnográfico de Castilla y León, en Zamora. En España fue también entrevistado y filmado por los dos firmantes de este trabajo. En agosto de 2016 fue invitado a dar conferencias y a contar relatos en el Museo Nacional de la Máscara y en El Colegio de San Luis. Las dos instituciones están en San Luis Potosí. Y sus intervenciones en aquellos dos lugares fueron también filmadas. El 23 de febrero de 2018 se inaugura, en el Museo de Arte e Historia de Guanajuato, una gran exposición de la colección de juguetes de Sshinda que ha ido reuniendo a lo largo de muchos años Gabriel Medrano de Luna. Indicios de un reconocimiento tardío que, por desgracia, será siempre insuficiente.

Se precisarán generaciones de estudiosos para poder transcribir, clasificar y analizar el enorme caudal — muchos centenares, seguramente más de un millar — de relatos orales que han sido registrados, hasta el momento, de la voz de Sshinda. Y se precisará, en paralelo, una reflexión profunda y una toma de decisiones poco convencional, en el terreno de los estudios de poética, a la hora de diseñar el modo de editar y de presentar tales relatos.

Se da, en efecto, la circunstancia de que las transcripciones por escrito de la voz de Sshinda, e incluso las fotografías que le muestran en su taller, enfrascado en el arte de narrar y de construir sus juguetes, no hacen verdadera justicia a su arte polifacético, en el que juegan un papel decisivo las inflexiones de la voz, el gesto, la mirada, la indumentaria, el entorno, la luz y el ruido ambientales, la compañía y las irrupciones de familiares y vecinos y, por supuesto, el traslado de la materia argumental de la narración a la materialidad del juguete. Si la simple transcripción textual de cualquier relato oral no resulta jamás lo suficientemente expresi-

² Medrano de Luna (2013; 2016). Los dos libros llevan un prólogo de Pedrosa.

va ni convincente, cuando se aplica al arte narrativo de Sshinda resulta menos satisfactoria aún.

Las limitaciones de la edición convencional y por escrito de los relatos orales quedan aún más en evidencia cuando se tiene la oportunidad, como hemos tenido nosotros, de caminar en compañía de Sshinda por los cerros del entorno de su comunidad, llenos de marcas (que sólo él sabe ver) de lo mítico y lo sagrado, a los que sus mayores le llevaban cuando era un niño, cargado sobre un burro, para iniciarle en algunas prácticas de su religión tradicional, y para acarrear materiales — maderas, piedras — necesarios para elaborar los juguetes que construía su familia. Filmar sus relatos en aquellos paisajes, mientras él camina por los senderos abruptos y rememora andanzas de brujas y naguales, en tanto señala hacia tal árbol o hacia tal quebrada, llevando de la mano y dirigiéndose a su nieto Mario, es otra experiencia que tiene difícil o imposible traslado al papel.

A Sshinda hemos tenido la oportunidad de filmarlo, por otro lado, en estancias hoy casi abandonadas, en panteones y en calles que fueron, según él, escenarios de las andanzas de seres sobrenaturales de los que guarda memoria. Escuchar *in situ* sus relatos, ser sus testigos en aquellos paisajes en los que se desarrolla su arte verbal, contemplar a uno de los perros guardianes de la hacienda cuando él afirma que se trata en realidad de un nagual y explica cuáles son sus diabólicos poderes, y qué correrías es dado a hacer por la noche, es otro acontecimiento que se sale de cualquier rutina académica y que pone a prueba todos los instrumentos de acumulación de la información y de hermenéutica que atesora nuestra ciencia filológica.

En cualquier caso, y conforme al formato de artículo de crítica esencialmente literaria al que queremos ceñirnos en esta ocasión, y a los condicionamientos — los propios de una revista académica — del espacio y del soporte con que ahora contaremos, vamos a limitarnos aquí a ofrecer y analizar las transcripciones de un tipo de relato (en cuatro variantes distintas) de los que integran el repertorio de Sshinda; más algunas fotografías de los juguetes asociados que servirán — esperamos — como muestras indiciarias

del excepcional *ars* artesanal que se vincula al *ars poetica* oral de Sshinda; vendrán después algunas reflexiones de tipo teórico y comparativo — acerca del género en que habrían de ser enmarcados, de los recursos de memoria e innovación y de los motivos folclóricos pluriculturales que en ellos operan —, al hilo del análisis de tales relatos y juguetes.

Entre los proyectos que estamos desarrollando, bajo los auspicios de la Universidad de Guanajuato, está la creación de una base internáutica de audio, video y fotografías con todos los relatos y juguetes que hemos podido registrar como obras del juguetero de Juventino Rosas. Creemos que este empeño, que está aún en proceso de construcción, hará algo más de justicia al arte de este creador tan singular, abrirá perspectivas más hondas para su estudio y valoración, y permitirá a quienes deseen acercarse a él y a sus obras de arte contemplarlos en una perspectiva mucho más contextualizada y profunda.

***El Mágico que hizo pacto con el diablo:* relato(s) y juguete(s)**

El relato en cuyo análisis nos vamos a centrar ha sido grabado por nosotros de labios de Sshinda en siete ocasiones, y con variantes sustanciales en cada una de ellas:

—el 27 de octubre del 2005; versión narrada en el taller de Sshinda, en Juventino Rosas;

—el 9 de noviembre de 2006; versión narrada en el taller de Sshinda, en Juventino Rosas;

—el 1 de junio de 2014; versión narrada frente a la puerta y las paredes de la — hoy cerrada y abandonada — casa “entre la calle de Aldama y Morelos”, de Juventino Rosas en la que supuestamente se desarrolló lo más sustancial de la acción narrada: la infancia del Mágico, su retorno tras mucho tiempo de ausencia y su atropello por una carreta diabólica;

— el 10 de agosto de 2016; versión narrada en un hotel en San Luis Potosí;

— el 10 de agosto de 2016; versión narrada durante la conferencia que impartió Sshinda en el Museo Nacional de la Máscara de San Luis Potosí;

— el 11 de agosto de 2016; versión narrada durante la conferencia que impartió Sshinda en El Colegio de San Luis, en San Luis Potosí.

— el 29 de julio de 2017; versión narrada, una vez más, frente a la casa “entre la calle de Aldama y Morelos”, de Juventino Rosas en la que se desarrolló, supuestamente, casi toda la acción.

Las dos primeras versiones fueron grabadas en soporte de audio por Gabriel Medrano de Luna; las cuatro siguientes fueron filmadas en video por Gabriel Medrano de Luna y José Manuel Pedrosa; la última fue filmada por ambos, en compañía de Jazmín Ivonne Mortera — a quien nos toca agradecer la transcripción de ese relato —, Araceli Campos Moreno, Antonio Cardaillac Campos y Pilar García Elegido.

Las siete versiones son avatares del relato que Sshinda gusta titular *Historia del Mágico*, y que nosotros hemos etiquetado como *El Mágico que hizo pacto con el diablo*. Se trata de un relato al que el juguetero de Juventino Rosas tiene un aprecio singular. De hecho, ha elaborado varios juguetes que representan al Mágico, a su madre o abuela (al personaje femenino lo identificó en las dos primeras versiones como la madre, y en las demás como la abuela), y a la carreta que irrumpió inopinadamente por la calle para arrastrarlo mortalmente. Uno de tales juguetes se mueve mediante una palanquita que hace que el Mágico dé brincos sobre la carreta fantasmal que lo llevará a la perdición. Otro juguete, sin resortes de movimiento, representa — como si fuera una especie de Piedad de una Virgen dolorosa — el llanto de la madre (o de la abuela) del Mágico junto al cadáver de su hijo (o nieto). Fotografías de tales juguetes acompañan a este artículo.

Conozcamos ya la transcripción literal de cuatro de las siete versiones de la leyenda del Mágico, tal y como las relató Sshinda. Por razones de economía de espacio hemos dejado tres de ellas

sin transcribir y sin incorporar a este trabajo. Esperamos poder hacerlo en alguna publicación académica futura, para que sea posible seguir profundizando en el arte narrativo de Sshinda.

[Primera versión. 27 de Octubre del 2005. Registrada en el taller de juguetero de Sshinda]

Otra de la calle del Mágico. Es la calle de Aldana y calle Morelos, es la esquina del Mágico. También esa casa está deshabitada. Esa casa llegan y la compran, le ponen un letrero que “se vende”, la componen para dar otra imagen, y no vive gente: está maldita.

Está maldita porque, a fines del setecientos, llegaron unos húngaros. Llegaron unos húngaros adonde hoy es la Central Camionera. Llegaron unos húngaros y hacían casas. Y para no estar de vagos, hacían circo. Hacían circo los sábados. Entonces en ese circo habían magos. Había mágicos en el circo.

Y los niños no faltaban en acudir a esos eventos. Había niños que les acarreaban el agua y veían cómo trabajaban los magos. Ellos decían que no eran de papel, que ellos eran nativos de la magia. Entonces había niños que le gustó. Y uno de esos era de aquí, de Santa Cruz de Galeana. Uno de los niños que se hizo Mágico, y anduvo trabajando con los circos como mago.

Pero sí era Mágico, sí era Mágico. Y había empezado su vida para empezar a vivir. La mamá — dice la historia — que vendía tortillas en la plaza. La mamá en un jacal de tortillas. Cuando llegaba su hijo de otras partes, cuando venía de los circos, entonces le decía la mamá:

—Hijo, ya no te vayas, porque se me acerca la muerte.

—No, madre: a mí es a quien me está tentando la muerte. Y un día de estos. Ya me vine porque ya me voy a morir. No tardo en morirme. Otro día más y voy a morir.

—No, hijo, no digas eso.

—Sí, sí, voy a morir — dijo.

Entonces, cuando ella le decía que no, él le decía que sí:

—Yo le entregué mi vida al demonio, para que me ayudara a hacer la magia.

Una vez de tantas que le decía “ya me voy a morir, ya me voy a morir”, entonces la mamá le llamaba a almorzar. Y en vez de almorzar, se salió a la calle.

No había casas que dijeras “tienen banquetas, tienen pavimento”. Eran casas de tabicales de tierra. Entonces el Mágico salió y se paró en la puerta de su casa. Y acabando de decir que se iba a morir, que se había llegado la hora de morir, aparece en la puerta una carreta, tirada por seis caballos. Y la carreta, como dio vuelta a la esquina donde estaba parado, lo aventó y lo hizo pedazos. Le arrancó la cabeza, las patas y las manos.

Y la carreta siguió. La gente se arrimó y vio los pedazos de carne que estaban tirados, y le fueron a decir a la señora, que estaba echando las tortillas:

—Ándele, que ya a su hijo ya le mataron.

Y salió la señora a grito abierto. Entonces la señora salió a recoger la cabeza, las patas y las manos. Y buscaron de dónde había salido esa carreta. Y se fueron siguiéndola hasta una hacienda antigua de San Nicolás. Y fueron a ver qué carreta había salido.

—Aquí no ha salido ninguna carreta. Ahí están los carros que van a salir a la cosecha. Pero no ha salido ninguna carreta. Y no ha salido nadie a recoger cosecha.

—Entonces, ¿de dónde salió esa carreta?

—Quién sabe de dónde haya salido.

—¿De qué color eran los caballos?

—Eran color prieto.

—No hay aquí, no hay.

Entonces duró mucho tiempo: en la esquina del Mágico aparecía a la hora de la hora, a las seis de la tarde. Por muchos años le nombraban la esquina del Mágico. Porque ahí fue despedazado por una carreta que no supieron de dónde salió.

Esa era la esquina entre Morelos y Aldana en Santa Cruz de Galeana. Hay muchas historias.

[Segunda versión. 9 de noviembre de 2006. Registrada en el taller de juguetero de Sshinda]

Eso sucedió a fines de 1700.

En aquel tiempo llegaban húngaros aquí al pueblo. Donde está la Central Camionera era el lugar donde llegaban los húngaros, porque eran solares que no tenían dueño. Y allí llegaban los húngaros.

Y cuando llegaban allí, duraban meses, meses duraban aquí. ¿Por qué? Porque en las tardes traían como circo, traían osos,

traiban leones, traiban animales para que ellos los usaran como domadores.

Entonces, cuando ellos llegaron aquí, se le acercaron muchos muchachos, muchos niños. En aquel tiempo se les acercaron para que les hicieran mandados. Entonces ellos lo que hacían era que sacaban su pantomima a la calle, sacaban un oso, y lo hacían bailar en las esquinas con un pandero. Todo esto nos lo platicaba mi abuelo. Entonces dice que llegaban los húngaros a las esquinas y tocaban el pandero, una guitarra, y el oso bailaba.

Los niños, porque no había diversiones, se acercaban a los húngaros. Y entonces, una vez de tantas, los húngaros ya se iban. Y su trabajo de ellos era hacer cazos de cobre. Entonces ya los húngaros ya se iban. Y ellos convidaron a los niños que si los acompañaban. Y los niños dijeron:

—Sí, sí, nos vamos.

De todos esos niños que ellos convidaron, nada más uno se fue con los húngaros. Pero el húngaro que se llevó a ese niño era diferente, porque ese húngaro era Mágico. Y la magia se la enseñó al niño que se llevó. Le dijo:

—Mira, para hacer centavos necesitamos nosotros hacer tonta a la gente. Pero necesitamos nosotros que tú le comentes al demonio que tú vas a ser su esclavo de él. Pero también todo no te va a faltar. Nada te va a faltar.

Pero sí dijo:

—Cuando te llegue la hora, te vas a ir con él.

Bueno, aquel muchacho dijo:

—Cuando llegue la hora, yo le corro. No hay nada: yo le corro cuando me alcanza.

Bueno, pos resulta que se jue. Y se perdió el muchacho.

Y la mamá de él vivía entre la calle de Aldama y Morelos. Allí vivía esa señora. Ésa era su casa. Y echaba tortillas para ir a vender a la plaza en un tescal. La señora vendía sus tortillas y le preguntaban de su niño, que si no había llegado.

—Ni razón tengo — dijo — . Se lo llevaron los húngaros. Pero un día ha de venir.

La señora sabía muy bien que un día regresaría su hijo, y la señora pos seguía viviendo de lo que ella conseguía vendiendo sus tortillas. A tanto tiempo que lo separó el húngaro de su mamá a ese muchacho, llega una vez. Pero ya era grande. Y le dice:

—¡Madre! ¡Todavía vives!

—Sí, todavía vivo. Pásate, hijo.

Y ya se pasó el muchacho y le dijo:

—Pos, ¿que te habías hecho, hijo? —dijo.

—Igual trabajo con los húngaros. Entonces, como trabajo con los húngaros —dijo—, me enseñaron un trabajo para no trabajar yo. ¿Por qué? Porque dinero nada me falta. Y de este dinero que nada me falta, te voy a dar dinero pa que sigas viviendo y ya no echés tortillas. Nada más que lo que pasa es que se va a llegar el momento —dijo— que me voy a morir.

Y le dijo la señora:

—¿Por qué te vas a morir? ¿Quién te ha dicho eso que te vas a morir?

Y dijo:

—Es que se me está llegando un tiempo que me voy a morir.

La señora no tomó en consideración eso. Al siguiente día le preparó el almuerzo para que almorzara. Y estaba almorzando. Y cuando estaba almorzando, le dijo el muchacho:

—Ahorita vengo. Voy a la puerta.

La puerta no era como hoy, que hay banquetas. Eran de ramas. Entonces el muchacho salió de su cocina de la mamá, y se paró en su puerta. Y cuando se paró en su puerta apareció un carruaje con seis caballos, seis machos desembocados. Y se subieron a la banqueta, y el carro lo arrolló y lo hizo pedazos en la calle. Entonces esos caballos aparecieron de un momento a otro y desaparecieron. Que dijeron ellos que habían corrido para la calle de Morelos.

Y ahí va la mamá, siguiendo a ver a quién seguía, pa que le viera qué habían hecho sus caballos. Habían matado a su hijo, y lo habían despedazado. Entonces la mamá siguió corriendo y corriendo.

Llegando a la orilla, pensó ella que eran caballos de la hacienda de San Nicolás, y se dirigió a la hacienda de San Nicolás. Y jue y les dijo:

—Ya vieron lo que hicieron sus caballos.

—No, no hemos visto nada aquí. No tenemos caballos, ni carros grandes. Aquí hay chispas y carros medianos, pero no así como usted dice...

Al muchacho Mágico, que estaba ahí tirado, pero nadie sabía que era Mágico. Entonces allí lo vieron, que estaba la cabeza por un lado, las manos y los pies por otro, y el estómago todavía tirando allí pedazos de sangre con carne.

Entonces el gobierno llega y levanta la pedacera de cuerpo humano, y se lo entrega a la mamá:

—Tenga, vélelo o entiérrelo.

Y la mamá, como no tenía quien más la ayudara, entonces invitó a un carretonero que le ayudara a sepultarlo, que le ayudara a sepultar allá en el cementerio. Pero como era fosa común, el del carro, por ganarse los dos reales y medio que le completaron, entonces se lleva los pedazos de carne a sepultar.

Cuando llega allá, los pedazos de carne cobran vida. Dijo que cobraban vida. ¿Por qué? Porque llamaron al que lo fue sepultar, y allí lo horcó: el Mágico lo ahorcó.

Entonces decían todos que el espíritu del Mágico todavía vivía, porque se llevó al carretonero que lo iba sepultar. Entonces decían que él tenía otra vida, porque la otra vida era del demonio.

Y todas las tardes, cuando daban la oración con la campana mayor en el templo, nadie pasaba por esa calle que es Colón y Morelos. ¿Por qué no pasaban? Porque aparecía el cuerpo del Mágico, y aparecía tirado, haciendo barbaridades allí, y lamentándose la muerte. Se oyían los insultos, se oyían las maldiciones del Mágico cuando estaba muriendo, cuando el carro lo despedazó, cuando los machos corrieron y nadie supo de dónde salió ese carro.

La única que sabía era la mamá del muchacho Mágico. ¿Por qué? Porque ella fue la que reveló al sacerdote, y reveló a las autoridades, que su hijo dijo que ya se le llegaba el momento, porque tenía un pacto con el demonio, por tener el poder de la magia.

¿Y quién le había dado el poder de la magia? ¿Quién lo había invitado? El húngaro. Así es que el húngaro trabajaba con la magia, y por eso hacía muchas cosas de magia en su circo.

Y así terminó la vida del Mágico.

[Tercera versión. 1 de junio de 2014. Registrada en video en la puerta de la casa donde, según Sshinda, vivió el Mágico]

[Sshinda:] Nos encontramos en la esquina y en la casa donde vivía el Mágico. Este muchacho se lo llevaron los húngaros. Y dentro de los húngaros estaban posesionados en el solar donde hoy es la Central Camionera. Ahí estaban los húngaros.

Nos dice la historia que se lo llevaron cuando tenía siete años. Regresa cuando tenía veintitrés años.

Aquí vivía la abuela. Pero era una cerca de ramas. No era una barda como está ahorita. Era una cerca de ramas. Y entonces la abuela vendía tortillas en la plaza. Cuando regresa el Mágico, que se les vino de los magos de los cuales estamos hablando, de los

húngaros. Entonces volvió a regresar a su casa de donde vivían, que era en esta casa.

Aparece una carreta con seis caballos. La carreta sube sobre esta banqueta y lo arrastra y lo hace pedazos. Lo hace pedazos. Y cuando lo hace pedazos, se da a la fuga la carreta. Y se va a parar hasta la hacienda de San Nicolás de Parra.

Cuando se fue a parar la carreta hasta la hacienda de San Nicolás de Parra, los vecinos se alarmaron. ¿Por qué? Porque estaba un muerto. El muerto que estaba aquí era el Mágico. Había permanecido durante más de veinte años que no llegaba a su casa. Y cuando llegó, llegó únicamente a decirle a su abuela que iba a morir, que ya se le había llegado la hora de morir.

La abuela le estaba previniendo el almuerzo. Y él sale y se para donde era la puerta de ramas. Y se para. Cuando estaba parado aparece la carreta y se sube sobre la banqueta. Cuando se sube sobre la banqueta, lo arrolla y lo arrastra, y lo hace pedazos ahí.

La gente tenía miedo todas las tardes a las seis de la tarde. Tenía miedo de pasar por esta calle. ¿Por qué? Porque salía el Mágico. Se miraban los pedazos tirados todavía que dejaba la carreta, la mentada carreta de los animales.

Cuando la fueron a seguir preguntaron en la Hacienda de San Nicolás de Parra que si allá había estado alguna carreta tirada por seis caballos. Y ellos dijeron: aquí no ha salido ninguna carreta. Y entonces, ¿de dónde salió la carreta?

La hora se le llegaba al Mágico, y fue la muerte que consiguió después de regresar a los veinte años. Y por eso aquí le llamaban "La esquina del Mágico", y "La casa de la abuela del Mágico". Aquí vivían, y todavía tenemos lo que después era la puerta, la puerta de palo. Esta casa nadie la habitan. Esta era la puerta que usaba la abuela en su cuarto de adobe... Y esta es la leyenda del Mágico.

[José Manuel Pedrosa:] Pero Sshinda, antes la ha contado más larga... Ha dicho que la abuela hizo varias cosas. ¿Qué es lo que hizo la abuela?

[Sshinda:] La abuela hizo lo siguiente. Se fue adonde le dicen "El chacuaco", adonde la gente buscaba a la gente perdida. Ahí había una covachita, y le prendían una vela. Cuando la vela salía y el humo salía arriba, andaba buscando a la persona que se había perdido. La veladora que tenía en la mano era la que le daba la señal a qué hora iba llegar, o cuánto tiempo iba a durar para que supiera de su familia perdida. Y sí lo conseguían. ¿Por qué? Porque la mente fluye más de 70 000 leguas por segundo, y así lo tenían

contemplado. Al tener 70 000 leguas por segundo, tenían que darle la vuelta por donde quiera, y allí encontraban a la persona que había desaparecido. Y así sucesivamente pasó con la casa del Mágico.

La abuela andaba buscando quién le diera razón. Pero los húngaros habían desaparecido. Los húngaros vivieron en lo que hoy es el solar de la Central Camionera. Allí vivieron los húngaros. Los húngaros se dedicaban a hacer cazos de cobre, y juntaban el cobre para poder hacer sus cazos. En las tardes daban una función de circo utilizando un oso, y lo hacían bailar con un pandero. Por eso toda la gente decía: “vamos a la función de los húngaros”.

Los húngaros no sabían de dónde habían llegado. Los húngaros se dice la historia que duraron diecisiete años aquí, en el pueblo. Por eso conocían mucha gente que vivían en el pueblo. Y cuando ese niño se juntó con ellos, tuvieron que irse fuera de ahí. Y se lo llevaron, y cuando regresa fue cuando tendría los veintitantos años.

[JMP:] ¿Los húngaros hacían brujería?

[Sshinda:] La señora consiguió a una persona que se dedicaba hacer la brujería, y que sabía la parasicología y las ciencias ocultas. De allí le cobraba la cantidad de dos reales, o sea, veinticinco centavos. Cada real eran doce centavos y medio. Era un real. Por eso la conferencia de ellos eran dos reales, veinticinco centavos. Entonces nos dice la historia que éstas son puertas del cuartito donde vivía la abuela. Y la casa ta sin habitar. Años tiene sin habitar esta casa.

[JMP:] ¿Espantan?

[Sshinda:] Se dice que espantan, porque el Mágico se hizo pedazos en la esquina.

[JMP:] ¿Y cómo se llamaba la señora?

[Sshinda:] Tomasa.

[JMP:] ¿Y usted la conoció, Sshinda?

[Sshinda:] No, no la conocí. Nomás que la historia es la que nos dice la realidad de las personas.

[JMP:] ¿Y los gitanos se llevaban niños?

[Sshinda:] Se llevaban niños, porque los engañaban que les iban a dar un oso. Como los osos siempre acariciaban a los niños, se dejaban tentar por los niños. Entonces con eso los engañaban y se los llevaban.

[JMP:] ¿Usted vio a los osos?

[Sshinda:] No, no, yo los vi... A últimos años sí todavía había animales. Pero ya los traiban los circos, ya los circos ya los traiban,

y era onde conocíamos a los animales. Porque aquí no hubo animales. Los animales de uña que había era en el monte, pero no aquí en el pueblo.

[JMP:] ¿Pero no iban con un pandero los gitanos?

[Sshinda:] Los gitanos sí tocaban una guitarra y un pandero, donde ellos hacían bailar el oso, donde ellos hacían bailar a las muchachas que traían ellos en su recorrido, en donde andaban ellos haciendo fiestas. Ahí traían muchachas, y bailaban puras españolas. No había jarabes, no había nada. Eran puras músicas de España. Ahora no, ahora ya se hacen pasar los churumbeles de España, pero no había en ese tiempo nada.

[JMP:] ¿Qué son los churumbeles?

[Sshinda:] Una música de españoles: son los churumbeles de España.

[JMP:] ¿Y lo bailaban los gitanos?

[Sshinda:] Y lo bailaban los gitanos, y las muchachas gitanas también lo bailaban.

[JMP:] ¿Y eso usted ya lo vio?

[Sshinda:] Eso sí, ya los vimos, últimamente los vimos... Yo tendría como unos diez cuando ya los vimos, cuando me tocó verlos. No traían más animales que puros osos.

[Cuarta versión. 10 de agosto de 2016. Registrada en un hotel de San Luis Potosí]

No transcrita.

[Quinta versión. 10 de agosto de 2016. Registrada durante la conferencia que Sshinda impartió en el Museo Nacional de la Máscara de San Luis Potosí]

No transcrita.

[Sexta versión. 11 de agosto de 2016. Registrada en la conferencia que Sshinda impartió en el Colegio de San Luis, en San Luis Potosí]

No transcrita.

[Séptima versión. 29 de julio de 2017. Registrada en video en la puerta de la casa donde, según Sshinda, vivió el Mágico]

Nos encontramos en la calle que era el Espíritu Santo, el Callejón del Espíritu Santo. Hoy es calle de Aldama.

En aquel tiempo las calles no tenían nomenclatura, pero se encontraban de todos modos las calles. Éstas eran unas cercas de ramas. No eran casas. Eran unas cercas de rama. ¿Por qué? Porque así estaba el pueblo. Estaba chiquito el pueblo. Y en las casas no tenían bardas. Eran calles. La calle no taba empedrada. La calle era del terradil.

Entonces aquí vivía una señora que echaba tortillas aquí en esta casa, en esta esquina donde estamos estacionados. Vivía una señora que vendía tortillas.

Y entonces esta señora tenía un hijo soltero que, cuando llegaron los húngaros adonde está ahora la Central Camionera, [fue] a ayudar a los húngaros. Tres a cuatro o cinco meses.

¿Por qué? Porque ellos traiban en una carpa de títeres. Y cuando traiban la carpa de títeres se dedicaban a hacer, a hacer cazos de cobre. Cuando estaban haciendo los cazos de cobre, el chamaquito de la señora que vendía tortillas se arrimó con los húngaros, y lo invitaron a que les acarreará agua. Le acarrearón el agua y, como él se ingrió con ellos, porque había un mágico allí, entonces lo ocupó que cargaran agua.

Y cuando la señora se descuidó, salieron los húngaros y se llevaron a la criatura. Cuando la criatura se la llevaron, entonces duraron tiempo para llegar. Y duraron a lo largo de diez años. Cuando duraron los diez años, la criatura llegó; pero ya era un joven, ya era grande.

La abuelita lo esperaba siempre, siempre lo esperaba, y pedía que llegara esa criatura. Al largo tiempo llega, pero llega todavía, aquí era la puerta de rama, la casa donde vivía la abuela.

La abuela caminaba nada más dos cuadras e iba a vender tortillas por docenas. Las vendía al pie de las carnicerías y al pie de la birra.

Cuando llega el muchacho, le dice:

— ¡Ay, hijo, ya vinistes!

— Pos ya vine. ¡Uy, ma, ya estás más vieja que yo!

— Pues tú acabas de llegar, hijo.

— Pues sí — dijo —, pero nomás vengo a morirme.

Nadie le dijo de qué se iba a morir, o por qué se iba a morir o por qué decía que se iba a morir.

Entonces, una vez de ésas, la abuela, un día antes, le fue y le compró recortes de birria, o sea, las migajas que vendía el carnicero, y se las regaló. Entonces la abuela le pidió que le hiciera un chile de molcajete para llegar y almorzar.

Llega el nieto por el rumbo de la misma calle, llega y le dice la abuela:

— Vente pa que almuerces, hijo.

— ¡Ay, ma, toavía no tengo hambre! Es que te digo que nomás me vine a morir.

La abuela no entendió, y le preparó el chile pa que almorzara. El muchacho salió a la esquina donde nos encontramos. En esa esquina, colgaba en la esquina una mata de zapotes. Y llegó el muchacho y se paró.

En ese momento parece una carreta. Una carreta tirada por cuatro caballos que venía del lado oriente. La carreta se sube a la banqueta y lo arrebata de la esquina, y lo hace pedazos en la esquina. En esta esquina que nos encontramos ahorita. Ahí hicieron pedazos al Mágico.

Entonces la esquina se llamó “La esquina del Mágico”. ¿Por qué? Porque la carreta llegó y se subió a la banqueta, y arrebató la persona que estaba en la esquina y la hizo pedazos.

A la hora de la oración que tocaba la campana en la tarde en la iglesia, entonces aparecía el fantasma del Mágico. Pedazos de carne por dondequiera. Y era la carne del Mágico. Por mucho tiempo duró así. Y la esquina fue conocida como La calle del Mágico.

El gobierno en ese tiempo salió tras de la carreta, a ver si daban con él. Le preguntaban a los vecinos:

— ¿Pa dónde se fue la carreta que mató a este hombre?

— Pues señor, se fue pa el lado de San Nicolás.

Fueron a preguntar a la hacienda San Nicolás de Parra, y ahí le dijeron:

— Aquí no ha salido ninguna carreta de ese tipo. Quién sabe de dónde saldría.

Y la gente empezó a decir:

— Fue el demonio el que mató al Mágico.

Entonces la gente tenía miedo pasar por esta esquina, después de la oración, que tocaba la oración a las seis y media de la tarde. Tocaban la campana y decían en la oración:

— Ya no pasen por ahí, porque está tirado el Mágico.

Ciertamente, el gobierno eclesiástico, el reverendo padre fray Gabriel León, en ese tiempo entonces oficiaba la misa y decía:

—Vamos a rezar por las ánimas, pa que descansen en paz.

—Padre, pero ahí todavía está todo el Mágico, espantando en la esquina de la Resurrección y esquina con la calle Morelos.

—Pues señores, para que esta ánima descanse en paz, vamos a rezar en esta oración a la hora de la campanada.

El cuerpo del Mágico apareció por mucho tiempo tirado en esta esquina. Porque eran cercas de rama. Y no había bardas. No había pavimento ni calles empedradas. La gente tenía miedo pasar, y únicamente el que pasaba en ese tiempo era el tranvía que corría de Santa Cruz a Celaya. Pero en la otra esquina, que ahora es calle Guerrero. Antes en la calle de Porfirio Díaz, hoy calle de Guerrero. Así fue, así fue el fantasma de la esquina del Mágico.

Y nos encontramos en la casa, en la esquina de la casa donde vivía el Mágico.

Esta casa todavía está cerrada con material para que no se abra, y en la esquina ya cambiaron una puerta de fierro porque nadie quiere habitarla. Porque dentro de la casa se escuchan ruidos a partir de las once de la noche.

Y hay ruidos adentro, que se apoderó el fantasma de la casa de donde vivían. Y así está.

Ésta es la casa del Mágico que forma la calle de Aldama y la calle de Morelos, hoy, en este tiempo.

Ésta es la historia del Mágico.

[A continuación Sshinda responde a algunas preguntas acerca del Mágico. En alguna ocasión sus respuestas no son del todo congruentes]

Lo mató y lo mató porque no era humano. Ya era un fantasma.

El carretero era un Claudio que recogía los muertos que estaban ya muriéndose. Los muertos que se estaban muriendo de la peste los sacaba ese señor. Y entonces este señor todo el tiempo andaba tomado, porque tomaba pulque para que no se infectara con los muertos que sacaba de las casas.

De ahí salió un señor que quería, que lo sacó a medio morir, y lo llevaba a la fosa común. Cuando lo llevaba a la fosa común, le pedía:

—Atole, atole, atolito —le decía el que iba en la carreta.

Y voltea el carretonero y al punto de la ebriedad le dijo:

— Atole, jijo de puta, cierra el sojo, ahí en tierra [imitando la voz de un borracho].

Así es que lo enterró vivo, y el carretonero... El muerto mata al carretonero, por haberlo insultado ya en la hora final de su vida. Eso es nos dice la historia de aquí.

[JMP:] ¿Pero ese muerto era el Mágico o no?

No, era pariente de la señora, madre del Mágico, tío del Mágico. Entonces por eso dice el Mágico se convirtió en toda su familia, porque después desapareció la abuela. Pero decían que la abuela volaba porque era bruja. La abuela.

Ahí mataron al Mágico.

El carretonero allí lo mató. ¿Por qué? Porque lo insultó.

El Mágico mató al carretonero, y el carretonero se llamaba Claudio. El carretonero se llamaba Claudio.

Y entonces el carretonero vivía por la calle de la Llorona, donde hoy vivo, pero más cerca de la carretera que va a Guanajuato. Allí vivía el carretonero. Se llamaba Claudio, y su hermano se llamaba Emeterio.

[Gabriel Medrano de Luna:] ¿Y cómo fue la muerte de Claudio?

La muerte de Claudio fue que... nos dice la historia o la leyenda que el carretonero se levanta y ya no era el carretonero, sino que era una sombra. Que fue la que mató al carretonero. Pero el carretonero se dio muerte arriba de la carreta. Allí murió el carretonero.

Entonces el caballo corrió. Al sentir que ya no tenía chofer corrió, y se desaparece en una que le llamaban mojonera, que iba con rumbo a Valencia. Allí fue la muerte del carretonero. Por eso después la gente tenía miedo al carretonero, que le decían:

— Que viene don Claudio con el Mágico.

Pero culpaban a los personajes en la misma leyenda: a don Claudio y al Mágico.

Ahí está todavía esa bajada. Esa bajada de la esquina fue donde subió la carreta para arrebatarle la persona al personaje del Mágico.

Un carretonero que nunca se supo quién era. La gente decía que se había ido para la hacienda de San Nicolás de Parra, que se encuentra aquí. Al salir de aquí del poblado, está la hacienda de San Nicolás. Y allí nunca apareció esa carreta.

Dijeron allí los de la hacienda:

— Nunca tenemos esa carreta de cuatro ruedas, ni esos caballos negros.

Entonces dijeron:

—El diablo mató al Mágico.

Los caballos eran negros. Y la carreta tenía cuatro ruedas. No era una rueda. Eran cuatro ruedas las que tenía la carreta. Dos menores adelante y dos grandes atrás. Jalada o tirada por cuatro caballos.

Pues todavía aquí está la bajada, que esto es un misterio. Mire, cuando yo era cronista todo esto vine a investigar, porque me pagó el gobierno por cronista. Entonces dicen que esta esquina era, formaba parte de la misma abuela que tenía.

Y aquí está la bajada del misterio. Todavía está baja la guarnición, que nunca se reparó. Aunque le han echado la guarnición entera, esta esquina se baja, porque ésta es la casa del Mágico.

Aquí podemos apreciar la puerta, la puerta de madera; mire, aquí está la otra puerta. Aquí no vive nadie, mire. Esta es la misma casa del Mágico. Esta es la misma puerta. Mire, se decía que si esta puerta hablaba, todavía encontraban mucho misterio dentro de la misma casa.

[JMP:] ¿Usted conoció al Mágico?

No, yo no lo conocí.

El Mágico que hizo pacto con el diablo: **suma de variantes = ¿discurso?**

Las variantes, muchas de ellas sustanciales, que se aprecian entre estas versiones del mismo tipo de relato que fueron narradas por Sshinda entre los años 2005 y 2017 revelan, como ya hemos subrayado, a un aedo activo y creativo, no a un mero memorizador y transmisor rapsódico, rutinario o convencional de la palabra. Tales variantes, que son por un lado indicio de la savia viva que recorre la memoria y el arte verbal de Sshinda, son también, por el otro, instantáneas captadas al vuelo que plantean desafíos y dificultades significativos a la hora de acometer su fijación por escrito y su análisis filológico, pues nos enfrentan a textos abiertos, inestables, difíciles de aprehender y de fijar sobre el papel. Textos que, en el detalle de algunos episodios, incurren hasta en contradicciones entre sí.

Pese a ese carácter variable y abierto, las siete versiones del relato de *El Mágico que hizo pacto con el diablo* que han sido registradas en la voz de Sshinda, y las cuatro en concreto que acabamos de transcribir, pueden ser sintetizadas, sumando ingredientes cifrados en una o en otra de las variantes, en este argumento facticio:

– En los tiempos en que el actual pueblo de Juventino Rosas era “chiquito”, los gitanos que pasaban por él con sus circos y sus animales intentaban captar a niños para que se marchasen con ellos;

– Aunque varios de los niños del pueblo sintieron deseos de escapar, sólo uno de ellos, que había estado trabajando acarreando agua para el circo, dio el paso, animado por un gitano que tenía poderes de mago y que le incitó a hacer pacto con el diablo. Aunque antes le advirtió que, tras obtener y disfrutar durante unos años de favores y riquezas, tendría que acabar dando, al cabo de cierto plazo, el tributo de la vida al diablo. El niño contestó, con arrogancia, que cuando llegase ese momento él se las arreglaría para escapar de aquel destino;

– Quien fuera niño arrojado y aventurero regresó, al cabo de algunos años, a su casa, convertido ya en el Mágico adulto. Y volvió a reunirse con su madre (o con su abuela), quien se dedicaba a hacer y a vender tortillas, y a la que advirtió de que la muerte le perseguía y de que estaba cerca de atraparlo;

– Un día el Mágico salió a la puerta de su casa y fue arrollado y hecho pedazos por una carreta que iba arrastrada por caballos negros;

– La madre (o la abuela) hizo esfuerzos por averiguar qué carreta era aquella, y de quién, pero las pistas que siguió resultaron falsas y nadie supo darle razón;

– En algunas versiones, la madre (o la abuela) reúne los pedazos del cadáver de su hijo, y encarga a un carretero que los lleve al cementerio. Pero, en alguna versión, al llegar allí, el Mágico resucita, los miembros de su cuerpo se recomponen, y mata al carretero. Algún relato parece sugerir que arranca la vida al carretero para recuperar (o para intentar recuperar) él la suya;

— Desde entonces, la gente del pueblo de Juventino Rosas cree que el alma del Mágico quedó penando. Y que su casa, “entre la calle de Aldama y Morelos”, permanece por ello embrujada, deshabitada y en ruinas; que espantan en ella por la noche. Una versión dice que un sacerdote propuso officiar una misa para que el alma del Mágico pudiera descansar en paz.

Nunca estaremos en condiciones de garantizar que esta síntesis argumental, producto de la combinación y suma de las peripecias narradas en siete versiones (cuatro de ellas transcritas) diferentes, refleje un discurso cerrado, definitivo. Fuera de sus líneas narrativas más generales —las esenciales para poder caracterizarlas como un tipo específico— hay muchos detalles que parecen provisionales o aleatorios. Tenemos, por otro lado, la convicción de que, si siguiésemos acumulando versiones narradas por la voz de Sshinda, seguirían surgiendo novedades, matices y discrepancias. La suma de las versiones no refleja, por tanto, si no es de modo aproximado e imperfecto, el discurso. La suma de todos estos actos manifiestos de *parole*, de habla, no puede dar cuenta total de la *langue*, del lenguaje, del prototipo discursivo que Sshinda alberga en la mente.

Tampoco puede recoger la síntesis que hemos trazado, ni mucho menos, la experiencia de estar frente a la puerta y las paredes de aquella casa abandonada “de Aldama y Morelos”, en Juventino Rosas, escuchando referir a Sshinda, con los mil y un registros de su voz y su portentosa gesticulación, una de las versiones de su relato. Ni la experiencia de poder contemplar y tener en las manos los juguetes articulados, elaborados por el propio Sshinda, que representan al Mágico, en tanto atendemos a sus explicaciones.

El niño raptado por los gitanos (variaciones sobre el tema de la exposición mitológica)

La historia (o caso rememorado, o leyenda) de *El Mágico* o de *El Mágico que hizo pacto con el diablo* es, pese a la no demasiada extensión de sus versiones, tan densa y concentrada que resulta

difícil hacer un análisis detallado de ella. Presenta, en mezcla muy abigarrada, una serie de motivos narrativos de viejo y extendidísimo arraigo tradicional:

- el del niño raptado por los gitanos,
- el del pacto con el diablo,
- el de la casa encantada o embrujada,
- el de la agresión por una carreta diabólica,
- el de la profecía cumplida,
- y el del ánima en pena en una casa encantada.

Cada uno de esos tópicos conoce avatares sin número en las tradiciones folclóricas de muchísimos lugares. En este trabajo nos limitaremos a hacer algunas consideraciones y a convocar unos cuantos paralelos en algunos de tales motivos, con el fin de que el lector pueda tomar mejor conciencia de su densidad narrativa y simbólica, y de los alcances y variantes orales que pueden llegar a tener en tradiciones cercanas y lejanas. Ocasiones habrá, en el futuro, de seguir sumando piezas que permitan entender aún mejor el riquísimo mosaico pluricultural en que este tipo de relato se imbrica.

El motivo de los gitanos que captan o capturan y se llevan consigo, de grado o de fuerza, a niños de las poblaciones por las que transitan, es inmemorial. Es eje central de obras maestras de la literatura universal: ahí está, por ejemplo, *La Gitanilla*, novela ejemplar de Cervantes, cuya protagonista, joven de sangre aristocrática, fue raptada de niña por los gitanos, y felizmente reintegrada a su familia al cabo de muchísimas peripecias. También el drama *El trovador*, de Antonio García Gutiérrez, sobre el que Giuseppe Verdi elaboraría su ópera *Il trovatore*, con su desdichado doncel Manrique, hijo de familia también aristocrática, criado por otra gitana versada en las artes hechiceriles. Igualmente, la fantasmagórica novela *Orlando*, de Virginia Woolf, tiene un protagonista que cumple también con la experiencia iniciática de marcharse y de vivir con los gitanos.

Hasta el inmortal Fígaro de Beaumarchais (2000: 96) se enorgullecía de haber pasado por aquella peripecia ritual:

BARTOLO: ¿Fuiste tú robado por unos gitanos?

FÍGARO: (Muy exaltado) ¡En los alrededores de un castillo!

Aunque puede que con quien guarde analogías más sugestivas el Mágico de Sshinda sea con el José Arcadio, primogénito de Úrsula y del patriarca José Arcadio, de *Cien años de soledad* de García Márquez, el cual, siendo muy joven, había escapado también detrás de los gitanos. O quizás sería mejor decir que detrás de una hermosa gitana:

La noche del sábado José Arcadio se amarró un trapo rojo en la cabeza y se fue con los gitanos.

Cuando Úrsula descubrió su ausencia, lo buscó por toda la aldea. En el desmantelado campamento de los gitanos no había más que un reguero de desperdicios entre las cenizas todavía humeantes de los fogones apagados. Alguien que andaba por ahí buscando abalorios entre la basura le dijo a Úrsula que la noche anterior había visto a su hijo en el tumulto de la farándula, empujando una carretilla con la jaula del hombre-víbora. “¡Se metió a gitano!”, le gritó ella a su marido, quien no había dado la menor señal de alarma ante la desaparición.

—Ojalá fuera cierto — dijo José Arcadio Buendía, machacando en el mortero la materia mil veces machacada y recalentada y vuelta a machacar—. Así aprenderá a ser hombre.

Úrsula preguntó por dónde se habían ido los gitanos. Siguió preguntando en el camino que le indicaron, y creyendo que todavía tenía tiempo de alcanzarlos, siguió alejándose de la aldea... (García Márquez, 2000: 121).

Impresiona la analogía con el relato mexicano de *El Mágico* de este José Arcadio joven e inexperto, que se deja seducir por la fascinación de los gitanos, y de esta Úrsula que vive pendiente de volver a ver a su hijo. Porque del mismo modo que Úrsula —quien estuvo cinco meses buscando fuera de Macondo, según relata García Márquez— no se resignó nunca a aquella ausencia,

tampoco la madre o la abuela del Mágico perdió las esperanzas. Una de las versiones de su leyenda lo declaraba de manera explícita: “se lo llevaron los húngaros. Pero un día ha de venir”.

Otra analogía impresionante entre la leyenda del Mágico mexicano que narra Sshinda y la leyenda del José Arcadio colombiano que inmortalizó García Márquez tiene que ver con la cronología auroral en que ambos raptos se habrían producido. Muchas páginas dedicó el genial cronista de Macondo a dar cuenta de la fundación y del lento crecer del pueblo al que de vez en cuando llegaba el circo de los gitanos y donde aconteció la pérdida del joven Buendía. Las palabras de Sshinda y la datación de la huida del Mágico nos retrotraen también a los años de orígenes de su pueblo, Juventino Rosas:

En aquel tiempo las calles no tenían nomenclatura, pero se contaban de todos modos las calles. Éstas eran unas cercas de ramas. No eran casas. Eran unas cercas de rama, porque, porque así estaba el pueblo. Estaba chiquito el pueblo, y las casas no tenían bardas. Eran calles. La calle no estaba empedrada. La calle era de tierra.

Da cuenta, algún párrafo de *Cien años de soledad*, de los sobresaltos y las angustias que acompañaron la espera de José Arcadio:

Cuando volvieron los gitanos saltimbanquis, ahora con su feria ambulante transformada en un gigantesco establecimiento de juegos de suerte y azar, fueron recibidos con alborozo porque se pensó que José Arcadio regresaba con ellos. Pero José Arcadio no volvió, ni llevaron al hombre-víbora que según pensaba Úrsula era el único que podría darles razón de su hijo, así que no se les permitió a los gitanos instalarse en el pueblo ni volver a pisarlo en el futuro, porque se los consideró como mensajeros de la concupiscencia y la perversión... (García Márquez, 2000: 127).

Passaría muchísimo tiempo antes de que el hijo pródigo “volviera pintado como una culebra y hablando como un astrónomo” a Macondo (García Márquez, 2000: 357). Pero su regreso quedó para siempre envuelto en la ambigüedad o en la repetición. Casi llegando a su final, la novela recuerda cómo la ancianísima Úrsula “se

hundió en un estado de confusión tan disparatado, que creía que el José Arcadio que estaba entonces en el seminario era el primogénito que se fue con los gitanos” (García Márquez, 2000: 445).

No estará de más añadir aquí, tras hacer el repaso de algunos de sus paralelos canónicos más insignes, que la presencia, en la literatura más canónica y universal, del tópico del niño llevado o raptado por los gitanos, devuelto ya de mayor a su lugar de origen, y reconocido finalmente por su familia, hunde sus raíces en una tradición oral vasta e inmemorial, de la que el relato del Mágico, de Sshinda, es un ejemplo legítimo. Muchos de los lectores de estas páginas sabrán que a los niños de muchas épocas y lugares les ha sido advertido, en la vida real, que tuvieran cuidado con los gitanos nómadas, porque podrían ser raptados por ellos.

Hay que añadir, en fin, que estamos, en realidad, ante una rama o variante del tópico narrativo, de alcance universal, del niño expuesto, abandonado o separado de los suyos (en esa nómina entrarían personajes que van desde Moisés o Edipo hasta Pinocho o Harry Potter), cuyos pasos siguen un itinerario primero de *desagregación* y después de *agregación* o *re-agregación* que sirve de confirmación de su estatus excepcional, en el sentido positivo (heroico) o en el negativo (diabólico). El caso del Mágico evocado por Sshinda se adscribe, por supuesto, a la segunda modalidad.

El pacto con el diablo y la mujer de la familia que intenta neutralizarlo

Si el tópico de la captación por los gitanos hemos visto que se halla respaldado por una tradición folclórico-literaria muy densa, otro tal puede decirse del motivo del pacto diabólico. Recordemos que la versión primera de nuestra leyenda incluía este diálogo entre el mago gitano y el niño que se iba a convertir enseguida en su aprendiz:

—Mira, para hacer centavos necesitamos nosotros hacer tonta a la gente. Pero necesitamos nosotros que tú le comentes al demonio que tú vas a ser su esclavo de él. Pero también todo no te va a faltar. Nada te va a faltar.

Pero sí dijo:

—Cuando te llegue la hora, te vas a ir con él.

Bueno, aquel muchacho dijo:

—Cuando llegue la hora, yo le corro. No hay nada: yo le corro cuando me alcanza.

Archiconocido es, por supuesto, el tópico del humano que establece un pacto con el diablo, a cambio de riquezas y de poder, pero con la intención de no asumir su deuda el día en que le corresponde el pago de la vida o del alma. Es eje, por ejemplo, del complejo narrativo de Fausto, que en algunas versiones (la de Christopher Marlowe, por ejemplo) es condenado sin remisión a las penas del infierno, y en otras (la de Goethe) se libra en el último momento de la condenación eterna. Gracias a la intervención e intercesión, por cierto, de una mujer, Gretchen, cuyo esfuerzo redentor se manifestó más eficaz, desde luego, que el de la madre o abuela del Mágico en el cuento de Sshinda.

No vamos a intentar aquí desentrañar, porque queda muy lejos de nuestros alcances, la enorme casuística de pactos y de deudas de humanos y diablos que ha quedado recogida en los cuentos y en las leyendas de todo el mundo. En el mismo México la mitología del pacto con el diablo tiene alcances gigantescos, que han sido ya muy bien estudiados, aunque son muchos los retos que plantea todavía su indagación.³

Pero sí vendrá bien advertir que el relato de Sshinda acerca de un hombre que hace pacto con el diablo, que siente miedo y regresa a su lugar de origen cuando cree que le está llegando su hora, para anunciar a una mujer de su familia (su madre o su abuela, en las versiones de la leyenda del Mágico) su próxima muerte (que ella no puede impedir), guarda cierta relación con otros tipos de

³ Véanse, por ejemplo, López Ridaura, Granados y Carranza Vera (2007); y Granados, (2012).

relatos que son muy comunes en la tradición oral de México y de otros países y culturas.

Existe, de hecho, en el catálogo de cuentos universales de Aarne-Thompson-Uther, toda una sección de cuentos, desde el 1170 al 1199, que se acoge al argumento general de *Souls saved from the devil* (*Almas salvadas del diablo*), en que sujetos que han hecho pacto con el diablo se libran, cuando se cumple cierto plazo, de ser llevados al infierno por él. Gracias a su propia astucia o, en no pocas ocasiones, a la astucia de alguna mujer: a veces se trata de su esposa; otras veces la que interviene es la madre del hombre; y en ocasiones la ayuda viene de una vieja ingeniosa y auxiliar.

Así, el cuento ATU 1175 *Straightening Curly Hair* (*Enderezamiento del cabello rizado*), suele estar protagonizado por un hombre que obtiene, mediante el consabido pacto, riquezas y favores del diablo. Cuando sabe que se acerca el momento de entregar su alma, declara angustiado a su esposa sus temores, y ella desafía al diablo a que realice determinada prueba, y a que, si fracasa, deje en paz a su marido. El diablo acepta participar en tal competición, y ella le entrega un pelo de su pubis y le reta a enderezarlo, o a averiguar de qué especie animal es ese pelo. Como el diablo es incapaz de tal empresa, el esposo queda a salvo. Sshinda, y también su hijo Orlando, son transmisores de versiones muy interesantes de este relato, que analizaremos en alguna otra ocasión.

En algunas variantes del cuento ATU 1178 *The Devil Outriddled* (*El diablo es incapaz de resolver un problema*), el diablo no logra hacerse con el alma del hombre con el que había hecho pacto porque la esposa de él le invita a adivinar qué es exactamente su "herida" vaginal o le pide que la cierre, otra tarea que el diablo es incapaz de cumplir.

Este tipo de cuentos acerca de pactos diabólicos y de hombres que, tras disfrutar de las mágicas prebendas concedidas temporalmente por el diablo, salvan su alma y su vida gracias a la intervención o a la ayuda de una mujer (la esposa, la madre, alguna vieja) tiene cierto arraigo en México. La gran colección de *Cuentos mayas yucatecos* editada por Manuel J. Andrade e Hilaria Máas Collí en 1990 (427-433) contiene, por ejemplo, una muy extensa

versión (tanto que nos resulta imposible reproducirla aquí) del cuento del hombre que hace pacto con el diablo, que disfruta de la vida hasta que comprende que se aproxima el plazo de hacer entrega de su alma, y que se salva providencialmente gracias a una vieja auxiliar que le muestra al diablo su “herida” genital, lo que incita al enemigo a huir.

El cuento de *El Mágico que hizo pacto con el diablo* que figura en el repertorio de Sshinda tiene un desenlace fatalmente trágico, de signo completamente opuesto al de los cuentos cómicos a los que acabamos de referirnos, puesto que la madre (o la abuela) vieja del Mágico nada puede hacer para salvar a su hijo, ni siquiera para averiguar con certeza quién lo ha matado, ni tampoco para devolverle la vida.

Se acerca, en esa orientación y en ese desenlace fatalistas, a ciclos heroicos de raíz viejísima como los de Aquiles, o los *Siete infantes de Lara*, o Perceval, o el Lemminkäinen, del *Kalevala* finlandés. En todos esos venerables relatos tienen una intervención altamente dramática las madres que intentan en vano que sus hijos se queden en el refugio seguro de la casa y se salven del destino fatal que los aguarda.⁴

En un nivel de analogía menos estrecho se puede decir que hay un amplio repertorio de cuentos, muy difundidos por la geografía tradicional, y también por la literaria de todo el mundo, acerca de jóvenes a los que un destino aciago dicta que morirán en plazos o en circunstancias determinadas, y a quienes los agüeros y auxiliares que anuncian o previenen de esos peligros no logran salvar. Evocar aquí los nombres de Edipo, o de Macbeth, o de Santiago Nasar (el desdichado protagonista de la *Crónica de una muerte anunciada*, de García Márquez), o de don Fadrique, el protagonista del romance español de *La muerte del maestro de Santiago*, o de los *emplazados* a morir en tantos romances y cuentos del

⁴ Véase al respecto Piñero y Pedrosa (2017: 159-160). En muchas páginas de este mismo libro se hace un análisis pormenorizado de la función narrativa de los auxiliares en general (no sólo de madres y de otros sujetos femeninos) que intentan evitar, con avisos o acciones para retrasar u obstaculizar, la muerte fatal de alguien.

ancho mundo⁵ nos ayudará a encuadrar al Mágico evocado por Sshinda dentro del paradigma del héroe trágico que, por más que intente sustraerse a una muerte cuyo plazo está fatalmente determinado, acaba irremisiblemente perdido.

La carreta diabólica, el alma sustituta y la casa encantada

En la apretada trama del cuento de *El Mágico que hizo pacto con el diablo* quedan aún unos cuantos motivos folclóricos dignos de identificación y de análisis, aunque éste tenga que ser ya muy somero. Uno de ellos es el de la carreta diabólica que viene a llevarse a alguna persona que ha quedado fatalmente emplazada para morir.

El folclor de carros y carretas de muertos, fantasmas y diablos es muy profuso en la tradición oral hispanoamericana y en muchas otras,⁶ y viene de muy lejos. Con sutil ironía se hallaba, por ejemplo, delineado en el capítulo II: XI de *Don Quijote*, aquél en donde la carreta de una compañía de actores que viajaban con sus trajes de escena causó alarma y confusión en el hidalgo manchego:

Responder quería don Quijote a Sancho Panza, pero estorbóselo una carreta que salió al través del camino cargada de los más diversos y estraños personajes y figuras que pudieron imaginarse. El que guiaba las mulas y servía de carretero era un feo demonio. Venía la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció a los ojos de don Quijote fue la de la misma Muerte, con rostro humano... (Cervantes, 2015: 777-778).

Hay una clásica película sueca, *Körkarlen* (1921), cuyo título ha sido traducido como *La carreta fantasma*, en España, del director

⁵ Véase Di Stefano (1988).

⁶ Véase el capítulo "Doña María de Padilla en un coche ardiendo en llamas de fuego: visiones aéreas y ejércitos fantasmales", en Piñero y Pedrosa (2017: 459-466).

Victor Sjöström, inspirada en la novela homónima de Selma Lagerlöf, que hunde su raíz en relatos orales nórdicos acerca de vehículos fantasmales de parecido cariz.

El cotejo con otros relatos tradicionales registrados en lugares diversos de la geografía tradicional de Hispanoamérica puede revelarnos hasta qué punto la carreta funesta de *El Mágico que hizo pacto con el diablo* está imbricada dentro del imaginario y de la tradición oral panhispánica. Comprobémoslo, por ejemplo, a partir de estos dos relatos tradicionales hondureños:

La carreta que carga el alma de los muertos

Dicen que, hace muchos años, en Gracias, una peste mató una gran cantidad de gente. Fueron tantos los muertos que los tenían que cargar en carretas amontonados y enterrarlos en fosas comunes. Las carretas iban arriadas por bueyes. Cuando la gente escuchaba el ruido de bueyes o de la carreta, ya sabían que llevaban muertos, y lo que hacían era cerrar puertas y ventanas, por miedo a infectarse.

Y así pasó el tiempo, hasta que la peste acabó. Pero la carreta cargando el alma de esos muertos no dejó de salir. ¡No es mentira! Se escucha a altas horas de la noche el ruido de que la carreta va avanzando. Los que la han visto dicen que no la va jalando nada. Se mueve sin bueyes. Eso debe de ser algo maligno, porque la gente que la ha visto cae enferma de los nervios, con fiebre, con escalofríos y hasta basca.

Un vecino mío cuenta que a él lo persiguió la carreta. Dice que él iba a medianoche por el parque cuando escuchó que la carreta venía detrás. Él se apartó, pero no miraba nada, y sentía que el ruido se acercaba cada vez más y más. Pues a él le da por salir corriendo y sentía que la carreta lo alcanzaba, y sentía que ya le pasaba encima. En la carrera él volteaba la cabeza, pero no logró nunca ver nada. Hasta que llegó a su casa se libró de esa carreta.

Y así a varia gente le ha pasado eso. ¡Esa carreta es algo verdadero, real!

La muerte en la carreta

En los pueblos, cuando uno está cipote,⁷ lo mandan [a] acostarse temprano. Y le dicen a uno que por nada en el mundo se levante. A uno le dicen que en la madrugada pasea una carreta negra por las calles del pueblo, que se mueve sola, que nada la va jalando. Que se escucha que va casa por casa y que varios niños van llore que llore.

Es peligroso levantarse a ver qué es, porque dicen que es la muerte la que anda en esa carreta queriéndose llevar almas (Martínez, 2016: núms. 85 y 90).

Fijémonos, además, en esta leyenda chilena:

El tesoro de la carreta, la laguna maldita y la noche de San Juan

Durante los años de la conquista española en Chile, muchos fueron los intentos por dominar a los indígenas autóctonos chilenos, ya hubieran sido mapuches, picunches, aymarás, etcétera. Cuenta una leyenda que, hacia el siglo XVI, una hueste española llegó a las actuales tierras de Paine, específicamente a la Laguna de Aculeo, para conquistar y dominar al pueblo indígena asentado ahí.

Los indígenas, al ver que serían atacados, tomaron todos sus tesoros y minerales extraídos de esa tierra, e intentaron arrancar con una carreta tirada por bueyes, repleta de oro. Fue tal la desesperación, que intentaron atravesar la Laguna de Aculeo, creyendo que así se librarían de los españoles.

Al adentrarse con carreta y todo dentro de la Laguna, naturalmente se hundieron, muriendo todos los indios, y perdiendo en el fondo del agua todo el oro llevado en la carreta. Por supuesto, los españoles desistieron de la persecución, y nunca más se supo de lo que quedó enterrado bajo la Laguna.

Hasta el día de hoy, los lugareños más viejos cuentan que, cada año, durante la noche de San Juan (24 de junio), justo a las 12 de la noche, si alguien se asoma en la oscuridad y mira hacia la Laguna, podrá ver esa carreta flotando en el agua, con todo el oro que se hundió en esos años.

⁷ *Cipote*: "El Salv., Hond. y Nic., niño (persona que está en la niñez)" (DRAE)

Pero si el diablo (que anda suelto esa noche), se da cuenta que alguien está mirando la carreta, hará caer una maldición hacia esa persona, atentando incluso contra su vida.

Por esta razón, pocos se han atrevido a mirar el 24 de junio, a las 12 de la noche, por la ventana (Pazols Artigas y Pedrosa, 2006: núm. 36).

El penúltimo motivo folclórico inserto dentro del relato de *El Mágico que hizo pacto con el diablo* que vamos a glosar brevemente aquí tiene un encaje en realidad puntual e inestable dentro de la trama. De hecho, Sshinda lo ha omitido en varias de las versiones que nos ha relatado. El texto en que mejor reflejo encuentra es el que habla de la llegada del Mágico, arrastrado por la carreta funesta, al cementerio, en el relato núm. 2 (el que fue registrado el 9 de noviembre de 2006) que estamos considerando:

Cuando llega allá, los pedazos de carne cobran vida. Dijo que cobraban vida. ¿Por qué? Porque llamaron al que lo jue sepultar, y allí lo horcó: el Mágico lo ahorcó.

Entonces decían todos que el espíritu del Mágico todavía vivía, porque se llevó al carretonero que lo iba sepultar. Entonces decían que él tenía otra vida, porque la otra vida era del demonio.

Parece que Sshinda da a entender aquí que el Mágico, en el momento en que iba a ser enterrado, se las arregló para arrebatarse su vida o su alma a la persona que se iba a ocupar de aquel menester, de modo que pudo cobrar él nueva aunque fantasmal vida, a costa de quitársela a otro.

Si hemos interpretado adecuadamente las palabras de Sshinda, estaríamos ante el motivo folclórico que suele ser etiquetado como *El alma sustituta*, de viejo arraigo y difusión pluricultural. Está en conexión con estas entradas del monumental *Motif-Index*, de Thompson, 1955-1958:

Q520.0.1. *Substitutions for penances*, "Sustituciones para cumplir castigo".

Q521.5. *Penance: ferryman setting people over a stream until relieved by another*, “Castigo: un barquero debe llevar a la gente sobre las aguas hasta que sea sustituido por otro”.

E50. *Resuscitation by magic*, “Resurrección mediante la magia”.

Esta oscura resurrección que Sshinda asocia ocasionalmente al Mágico no parece que llegara a devolver a su personaje de manera efectiva al reino de los vivos, ni se muestra incompatible con otros desenlaces. De hecho, en la misma versión de *El Mágico que hizo pacto con el diablo* en la que acabamos de fijarnos, Sshinda remata asignando la condición de ánima en pena al desdichado protagonista de su relato, y el título de “encantada” a la casa de Juventino Rosas en que asegura que vivió y murió el Mágico:

Y todas las tardes, cuando daban la oración con la campana mayor en el templo, nadie pasaba por esa calle que es Colón y Morelos. ¿Por qué no pasaban? Porque aparecía el cuerpo del Mágico, y aparecía tirado, haciendo barbaridades allí, y lamentándose la muerte.

Se oyían los insultos, se oyían las maldiciones del Mágico cuando estaba muriendo, cuando el carro lo despedazó, cuando los machos corrieron y nadie supo de dónde salió ese carro.

En la primera versión que tenemos registrada (el 27 de octubre de 2005) del relato, había declarado esto Sshinda:

Es la calle de Aldana y calle Morelos, es la esquina del Mágico. También esa casa está deshabitada. Esa casa llegan y la compran, le ponen un letrero que “se vende”, la componen para dar otra imagen, y no vive gente: está maldita.

Cierra de este modo Sshinda, adhiriéndose al tópico, tan mexicano como universal, de la casa maldita o encantada que asusta o ahuyenta a los humanos, el círculo de un relato cuyo todo y cuyas distintas partes beben, sí, de tradiciones orales comunes e inmemoriales, pero que en sus labios cobra una tensión narrativa, una expresividad, unos matices, un pragmatismo — puesto que

la historia del Mágico ha quedado reflejada también en sus juguetes — realmente únicos, como en nuestra larga trayectoria de folcloristas no hemos vuelto a encontrar.

Serán precisas, ya lo hemos dicho, muchas generaciones de estudiosos para poder transcribir, editar, ordenar, estudiar en profundidad el legado, compuesto de muchos centenares, quizás de más de un millar de relatos, y de un sinfín de juguetes artísticos, de este narrador y artesano otomí que es capaz de insuflar vida en los personajes a los que pone a hablar con su inimitable voz, y en los *monos* a los que otorga figura pintada y movimiento arrancado de maderas inertes.

Su cuento de *El Mágico que hizo pacto con el diablo* no es más que una gota en el océano de sus relatos, y este estudio nuestro no es más que un acercamiento muy modesto y preliminar a ese singularísimo relato y a su arte verbal sin parangón.





Bibliografía citada

- ANDRADE, Manuel J. e Hilaria MÁAS COLLÍ, 1990. *Cuentos mayas yucatecos: U tsikbalilo'ob Mayab (Uuchben Tsikballo'ob)*. Mérida, Yucatán: Universidad Autónoma de Yucatán.
- BEAUMARCHAIS, Pierre Augustin Caron de, 2000. *Las bodas de Fígaro*, trad. Enrique López Alarcón. Madrid: Espasa Calpe.
- CERVANTES, Miguel de, 2015. *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes, dir. Francisco Rico. Madrid: Real Academia Española.
- DI STEFANO, Giuseppe, 1988. "Emplazamiento y muerte de Fernando IV entre prosas históricas y romancero: una aproximación". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 36: 879-933.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel, 2000. *Cien años de soledad*, ed. Jacques Joset. Madrid: Cátedra.
- GRANADOS, Berenice, 2012. "Emiliano Zapata: vida y virtudes" y "Emiliano Zapata, ¿santo, empautado, dueño?". *Revista de Literaturas Populares* XII-2: 353-398 y 436-468.
- LÓPEZ RIDAURA, Cecilia, Berenice GRANADOS y Claudia CARRANZA VERA, 2007. "De pactos, brujas y tesoros. Relatos supersticiosos de la Nueva España". *Revista de Literaturas Populares* VII-2: 207-225.
- MARTÍNEZ, Fernanda, 2016. *La narrativa oral en Honduras: nuevas exploraciones en los inicios del siglo XXI*. Tesis de doctorado. Universidad de Alcalá de Henares.
- MEDRANO DE LUNA, Gabriel, 2013. *Los mundos mágicos de Sshinda: la cultura oral y la obra artística de un juguetero popular de Guanajuato, México*. Madrid: Facultad de Filología-Universidad de Alcalá de Henares / IIF-UNAM.
- _____, 2016. *Sshinda. El mágico mundo de un juguetero tradicional de Guanajuato*. Guanajuato: Universidad de Guanajuato.
- PAZOLS ARTIGAS, Francisca, y José Manuel PEDROSA, 2006. "Seres míticos y mágicos en las leyendas tradicionales de Chile". *Culturas Populares. Revista Electrónica* 3 (septiembre-diciembre 2006). En línea: <http://www.culturaspopulares.org/textos3/articulos/pazols.htm>

- PEDROSA, José Manuel, 2013. "Sshinda el demiurgo y sus teatros de autómatas". En *Los mundos mágicos de Sshinda, la cultura oral y la obra artística de un juguetero popular de Guanajuato, México*, Gabriel Medrano de Luna. Madrid: Facultad de Filología-Universidad de Alcalá de Henares / IIF-UNAM, 6-9.
- _____, 2016. "Sshinda el demiurgo y sus teatros de autómatas". En *Sshinda. El mágico mundo de un juguetero tradicional de Guanajuato*, Gabriel Medrano de Luna. Guanajuato: Universidad de Guanajuato, 21-23.
- PIÑERO, Pedro M. y José Manuel PEDROSA, 2017. *El romance del caballero al que la muerte aguardaba en Sevilla: historia, memoria y mito*. Madrid: Frente de Afirmación Hispanista.
- THOMPSON, Stith, 1955-1958. *Motif-Index of Folk Literature: a Classification of Narrative Elements in Folktales, Ballads, Myths, Fables, Mediaeval Romances, Exempla, Fabliaux, Jest-Books and Local Legends*, ed. rev. y aum., 6 vols. Bloomington & Indianapolis-Copenhague: Indiana University-Rosenkilde & Bagger.